

ALEJANDRO TOLEDO
JORGE AGUILAR MORA (1946-2024)

NUEVA SECCIÓN
DIVERSA CULTURAL

CARLOS VELÁZQUEZ
UNA NOCHE CON YO LA TENGO

NÚM. 440 SÁBADO 02.03.24

El Cultural

[SUPLEMENTO DE **LA RAZÓN** • NUEVA ÉPOCA]



Fuente > Arte digital a partir de una fotografía de Bruce Davidson > Mónica Pérez > La Razón

PAUL AUSTER **UNA PRIMICIA EDITORIAL**

JOSÉ WOLDENBERG
LEE A IAN MCEWAN

CINCO POEMAS DE
ALBERTO RUY SÁNCHEZ

Nadie ignora que Paul Auster es uno de las grandes narradores del fin del siglo XX y principios del XXI. Sus poderes narrativos le han ganado lectores en el mundo entero y el elogio de la crítica. Hace algún tiempo se supo la noticia: Auster tiene un cáncer severo. Él y su pareja Siri Hustvedt no lo ocultaron, incluso abrieron un sitio llamado Cancerland. Ofrecemos al lector en exclusiva un fragmento de la nueva novela de este gran escritor gracias a nuestros amigos de la editorial Planeta. Baumgartner podría ser el testamento literario de Auster.



BAUMGARTNER UNA PRIMICIA EDITORIAL

PAUL AUSTER

Baumgartner está trabajando en una idea nueva. Es junio, y con su libro sobre Kierkegaard terminado y la lesionada rodilla casi sin dolerle ya, ahonda en el complejo e insoluble enigma psicosomático llamado *síndrome del miembro fantasma*. Sospecha que esa idea se le metió en la cabeza en abril, cuando Rosita le dijo lo del accidente de su padre con la sierra circular, porque si bien la niña no sabía lo suficiente para darle más detalles, durante las horas siguientes Baumgartner rellenó los huecos por su cuenta, repitiéndose mentalmente la sangrienta escena tan a menudo que era como si hubiese visto con sus propios ojos cómo la hoja cercenaba la carne del carpintero. Por fortuna, volvieron a coserle los dos dedos cortados aquella misma mañana, pero según se enteró Baumgartner más adelante, en casos de amputación permanente casi todo aquel que pierde un brazo o una pierna continúa sintiendo durante años que el miembro perdido sigue unido a su cuerpo, acompañado de cierto dolor agudo. Picores, espasmos involuntarios y la sensación de que el miembro en cuestión ha encogido o se lo han retorcido hasta dejarlo en una posición insostenible. Con su diligencia habitual, Baumgartner ha leído publicaciones médicas sobre el tema, estudiando la obra de Mitchell Sacks, Melzack, Pons, Hull, Ramachandran, Collins, Barbin y otros muchos, si bien com-

prende que su verdadero interés no radica tanto en los aspectos biológicos o neurológicos del síndrome como en su capacidad de servir de metáfora de la pérdida y el dolor humano.

Es el tropo que Baumgartner viene buscando desde la muerte súbita e inesperada de Anna hace diez años, la analogía más convincente y decisiva para describir o que le ha pasado desde aquella tarde de calor y viento de agosto de 2008, cuando a los dioses se les antojó robarle a su mujer en pleno vigor de su aún joven naturaleza, y así, de paso, arrancar las extremidades a Baumgartner, las cuatro, brazos y piernas juntas al mismo tiempo, y si la cabeza y el corazón escaparon a la arremetida sólo fue porque los dioses, perversos y burlescos, le concedieron el dudoso derecho de seguir viviendo sin ella. Ahora es un muñón humano, un hombre demediado que ha perdido una parte de sí mismo y ya no está entero, y desde luego los miembros perdidos siguen ahí, y le siguen doliendo, le duelen tanto que a veces tiene la sensación de que su cuerpo está a punto de incendiarse y consumirse.

Durante los seis primeros meses vivió en un estado de tan profunda confusión que a veces se despertaba por la mañana y se olvidaba de que Anna estaba muerta. Siempre era la primera en levantarse, de pie y activa al menos cuarenta minutos o una hora antes de que él lograra abrir los ojos, de manera que

estaba acostumbrado a levantarse de la cama vacía y entrar como un sonámbulo en la cocina desierta para prepararse un tazón de café, las más de las veces acompañado por el sonido de la máquina de escribir de Anna, que tecleaba débilmente en el pequeño cuarto de la planta baja, al fondo, o por los pasos de ella, que resonaban en alguna de las habitaciones de arriba, o bien, no había ningún ruido, lo que sólo significaba que estaba leyendo un libro, mirando por la ventana o dedicándose a otra cosa, a alguna actividad silenciosa en otra parte de la casa. Eso explica por qué todos esos grotescos lapsus de memoria ocurrían a primera hora de la mañana, antes de que Baumgartner se hubiera despertado del todo y tuviera todos los sentidos alerta, haciendo sus cosas como atontado bajo el influjo de viejos hábitos creados por toda una vida en común con ella, como cuando se sentó en una silla de la cocina sólo diez días después del entierro con el humeante tazón de café y al recorrer la mesa con la mirada se encontró con un desordenado montón de revistas. Había una página en particular que sobresalía de las demás, y en ella leyó un titular que parecía de The New York Review of Books, y decía: "Cómo está el clima". Era la reseña del libro *Aguas del mundo*, y la autora era Sarah Dry.

¡*Aguas del mundo*... de Sarah Dry!

La combinación era tan inesperada y, sin

El Cultural
[SUPLEMENTO DE LA RAZÓN]

DIRECTORIO

Roberto Diego Ortega
Fundador

Delia Juárez G.
Directora

Mariana Ruiz Montell
Editora
@marianamontell

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial • Adrián Castillo
Coordinador de diseño • Carlos Mora
Diseño • Andrea Lanuza

X: @ElCulturalRazon

f Facebook: @ElCulturalLaRazon

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078.
Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868.
Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 15

Regreso a casa

Comienza esta Nueva Época de **El Cultural** con el entusiasmo renovado que tuvimos Roberto Diego Ortega y yo cuando lo fundamos hace casi nueve años. Ahora, con el apoyo fundamental de Adrián Castillo, director editorial de **La Razón**, me toca dirigirlo.

El sol sale por todas partes y ahora puede seguir alumbrando estas páginas para todos los que disfrutamos de la literatura: los consejeros editoriales, los colaboradores asiduos y, principalmente, los lectores.

La periodista neoyorquina Fran Lebowitz escribió: "Las revistas -y en este caso, agregó yo, los suplementos culturales- llevan con frecuencia a la lectura de libros, por lo que deberían ser considerados la iniciación amorosa a la literatura". Eso es lo importante. Quiero que esa sea mi tarea aquí.

Delia Juárez G.
Directora

embargo, tan burda en su infantil simetría que Baumgartner lanzó un breve resoplido, una carcajada de sorpresa y, con una palmada en la mesa, se levantó.

Echa un vistazo a esto, Anna, dijo, encaminándose a la sala. Te vas a cagar de risa.

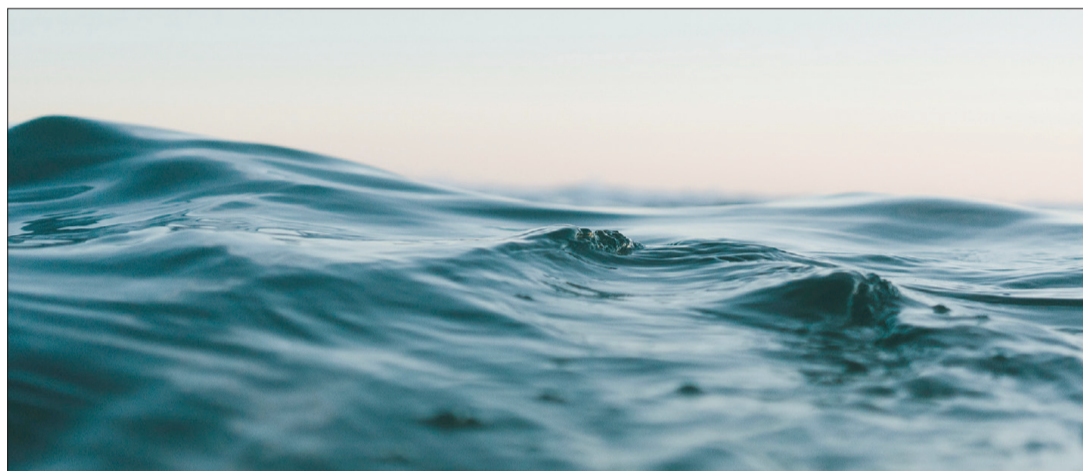
Debe de estar en la sala, dedujo, porque no se oía la máquina de escribir y no había ruido alguno por el entarimado de arriba. Entonces estaría hecha un ovillo con un libro en el sofá, provista de un lápiz en la mano derecha para marcar los pasajes que le interesaban, y si en aquel momento no estaba utilizando el lápiz seguro que se lo habría puesto en la boca y mascaba distraídamente la banda metálica que ceñía la gastada goma de borrar de color rosa. Todas esas imágenes le pasaron por la cabeza mientras se dirigía hacia ella entre la niebla del olvido: y entonces entró a la sala desierta y recordó. De pronto se encontró pensando en el entierro, y allí estaba él junto con todos los demás diez días atrás, de pie sobre la tumba abierta, con el aire cargado y tempestuoso que avanzaba por la costa con sus vientos siempre crecientes, ráfagas tan fuertes que una de ellas arrancó el sombrero de la cabeza de su hermana y se lo llevó volando, un objeto negro que daba vueltas y zigzagueaba por el cielo como un pájaro enloquecido que finalmente se posó en las ramas más altas de un árbol.

La terapeuta de duelo dijo: Estás como obnubilado. Aún sin asimilar lo que te ha ocurrido.

Lo que ocurrió, repuso Baumgartner, no me pasó a mí, sino a Anna. A consecuencia de ello está muerta y, como vi su cadáver en la playa y la llevé muerta en brazos, he asimilado plenamente lo que le ha pasado. Lo que me fastidia es que insistiera en volver al agua por última vez, aunque se había levantado viento y para entonces el mar ya estaba agitado, con olas cada vez más grandes que ya rompían cerca de la orilla, pero cuando le dije que se estaba haciendo tarde y debíamos volver a casa, se rio y echó a correr hacia el oleaje. Esa era Anna, una persona que siempre hacía lo que quería y no aceptaba negativas, una persona impulsiva y exultante, aparte de ser una nadadora fuera de serie.

Te culpas a ti mismo, dijo la psicoterapeuta. Parece que eso es lo que me estás diciendo.

No, no me echo la culpa. Habría sido inútil insistir. No era alguien a quien se pudiera mangonear ni dar órdenes. No



Fuente > Matt Hardy / pexels.com

era ninguna niña, sino una adulta, y su decisión como tal fue volver al agua, y yo no podía impedírselo. No tenía derecho.

Si no culpa, entonces cierta sensación de arrepentimiento, incluso de remordimiento.

No y no, te lo repito. Veo por tu expresión que crees que me estoy resistiendo, pero no es así. Es sólo que hay que fijar posiciones antes de lanzarse y ponerse a hablar. Sí, seguiría viva de no haber vuelto al agua, pero si yo hubiera hecho alguna vez algo como impedirle que se bañara cuando quisiera, entonces no habríamos durado treinta y tantos años juntos. La vida es peligrosa, Marion, y en cualquier momento nos puede pasar cualquier cosa. Eso lo sabes tú, lo sé yo, lo sabe todo el mundo, y quien no lo sepa, bueno, entonces es que no ha estado atento, y quien no pone atención no lleva una vida plena.

¿Cómo te encuentras ahora, en este momento?

Muy mal. Con el ánimo por los suelos. Machacado, roto.

En otras palabras, disociado, como si fueras otro.

Supongo que sí. Pero hasta donde soy capaz de entender lo que me está pasando ahora, puedo decir con franqueza que no siento lástima de mí mismo y no me estoy regodeando en la autocompasión ni lanzando quejas a los cielos: ¿Por qué a mí? ¿Por qué

no yo? Las personas mueren. Mueren jóvenes, mueren viejas y mueren a los cincuenta y ocho. La echo de menos, eso es todo, Era la única persona a la que he querido, y ahora tengo que encontrar el modo de seguir viviendo sin ella.

Aquella noche de hace diez años, después de su primera y su última sesión con Marion, la psicoterapeuta, Baumgartner fue al pequeño estudio de Anna en la planta baja y pasó varias horas escudriñando sus papeles y manuscritos. El armario estaba lleno de arriba abajo de borradores y pruebas de imprenta de sus traducciones publicadas, al menos quince o dieciséis libros a lo largo de los últimos veinticinco años, en su mayor parte del francés y el español, pero un par del portugués también, y aproximadamente el mismo número de novelas que de antologías poéticas, todo lo cual conocía a fondo porque ya lo había leído dos o tres veces, de manera que cerró la puerta del armario y se dirigió a un rincón de la habitación, al archivero, cuatro cajoneras amplias y profundas que contenían sus escritos en varios estadios de finalización, un abultado montón de poemas que se remontaban a la secundaria y llegaban hasta justo tres semanas antes de que se ahogara, mecanuscritos corregidos a mano de dos novelas abandonadas, varios relatos, una docena de reseñas literarias y una caja de tamaño medio de escritos autobiográficos, lo único que había en el último cajón. Baumgartner agarró la caja, la llevó a la mesa del despacho, se sentó en la silla de Anna y levantó la tapa. El primero del montón estaba unido por un clip oxidado, lo que significaba que era antiguo, escrito años y años atrás, quizá en los primeros tiempos de su matrimonio, incluso antes, quizá. Lo tomó entre las manos y empezó a leer.

“ ESA ERA ANNA, UNA PERSONA QUE SIEMPRE HACÍA LO QUE QUERÍA Y NO ACEPTABA NEGATIVAS, UNA PERSONA IMPULSIVA Y EXULTANTE, APARTE DE SER UNA NADADORA FUERA DE SERIE”.

TRADUCIR A AUSTER

Para que el traductor cumpla su función (que es la de ser un lector), tiene que entender al mismo tiempo que el lector: yo no leo de antemano, porque perdería esa sorpresa y porque me podría traicionar, si ya supiese al traducir un fragmento lo que va a ocurrir después. Yo a esto lo llamo "traducción afectiva": la afectividad de una primera lectura, previa, puede contaminar tu traducción y llevarte sin querer a amortiguar este adjetivo o a cargar las tintas en aquel verbo.

Benito Gómez Ibáñez. Traductor de Paul Auster hace casi 30 años. Entrevista por Alejandro Carantoña. zendalibros.com

FRANKIE BOYLE

Allá en los albores de la infancia, siendo una mocosa de cinco, seis, siete y ocho años, el beisbol era mi deporte favorito y jugaba con los chicos, privilegio que conquisté en una pelea en la que hice sangrar por la nariz a Marvin Howells, el jefe de la pandilla, y una vez ganado el respeto de los demás y con permiso para participar en los partidos que echábamos después de clase y el fin de semana, demostré ser tan buena como cualquiera y mejor que muchos, porque en aquellos días de andrógina gloria de mi infancia corría más que nadie y mi posición de jardinero central me esperaba en todos los equipos en que jugué. Aparte de piernas y pies veloces, poseía un brazo más que adecuado, porque era una niña que no lanzaba como tal, sino como un chico, y aunque me seguía faltando músculo para batear con algo de fuerza, conectaba un sencillo tras otro y algún ocasional doble al hueco, tantos sencillos que rara vez no estaba en la base, lo que me hizo ser primer bateador y principal instigador de dos o más carreras en una entrada. Entonces cumplimos nueve años y los señores de la ignorancia me estamparon bruscamente el primer bofetón. Ya teníamos edad suficiente para incorporarnos a la Pequeña Liga, nuestro primer contacto con el beisbol organizado después de tantos años de jugar en parques públicos y jardines de casas particulares, un nuevo y destellante mundo de campos reglamentarios, equipaciones, entrenadores, árbitros y tribunas para los espectadores, una versión en miniatura del mundo real, pero según las normas de la época, esas reglas medievales que duraron demasiado para que yo pudiese disfrutar de su erradicación, la Pequeña Liga era exclusivamente para chicos, y por tanto, a la jardinera central de veloces piernas que bateaba bolas rectas a poca altura se le prohibió la entrada en ese reino encantado y así concluyó su breve carrera en el Gran Deporte Americano.

Doloroso coscorrón, como decíamos por entonces, pero me tomé la decepción a pecho y estuve enfurruñada de forma intermiten-

te durante casi un año entero, mucho más tiempo del debido, sólo con el consuelo espiritual de asistir a las clases mixtas del gimnasio que continuaron hasta el final de la enseñanza primaria, es decir, hasta los once o doce años, y de participar en los partidos mixtos de softbol y quemados en los que aún me lucía frente a los elegidos de insignificante pito e impresionante equipación blanca de la Pequeña Liga, los afortunados chicos que para entonces se habían vuelto contra mí y estaban empeñados en demostrar que era efectivamente una hembra anodina, inútil y despreciable, y qué bien sentaba desbaratar sus batazos en el jardín central izquierdo y robarles sus sencillos, y el placer aún mayor de verlos alzar los brazos en pasmada indignación cuando yo volvía a lanzar tranquilamente la bola al cuadro, o, en invierno, o cuando llovía y jugábamos quemados bajo techo, lo gratificante que resultaba aplastares la cara con uno de mis sensacionales mates, incluso hasta el punto de hacer sangrar por la nariz al mismo Marvin Howells con quien ya había barrido el piso en los primeros tiempos. Lo mejor, porque era lo más reconfortante, venía con las carreras de después de clase, cuando los desafiaba a ganarme en los sesenta metros planos, carreras de uno contra uno en el patio de recreo después del timbre de las tres, chica contra chico, con una multitud de chicos mirando. Durante los dos primeros años nunca dejé de ganar, y esas victorias me dieron tal seguridad que llegué a la errónea conclusión de que mi velocidad era eterna, pero entonces vino el tercer año y con él un tal Frankie Boyle, delgado y chispeante, un joven caballero de virtud impecable, el único varón de clase que no estaba contra mí y seguía siendo amigo mío, y aunque ya le había ganado dos veces en carreras así, Frankie había dado un gran estirón en verano, hasta el punto de que cuando empezamos sexto de primaria el chico que poco antes era un poco más bajo que yo ahora rebasaba en ocho o diez centímetros toda la estatura a la que yo

era capaz de erguirme, y allí estábamos en el patio en aquella radiante tarde de septiembre dos días después de empezar las clases, con la habitual pandilla de chicos de pie para animar a su favorito, y esta vez perdí, con todas las de la ley, cuando Frankie Boyle me adelantó a la séptima u octava zancada para luego seguir incrementando su ventaja hasta la meta, y me sacó tanta distancia que debí de llegar más de un segundo detrás de él. Hubo gran regocijo entre la multitud, según recuerdo, seguido de una serie de hirientes burlas -*Vieja gloria, vieja gloria* era una, *La zorra muerde el polvo*, otra-, pero Frankie Boyle, dicho sea en su honor, porque su alma era de una compasión sin límites, no se detuvo a regodearse con los vítores de los demás chicos, sino que me pasó el brazo por los hombros y me llevó fuera del recinto del colegio, explicándome mientras caminábamos juntos que no había sido una carrera justa porque él era más alto y más fuerte de lo que yo era entonces, cosa que lo convertía en un peso pesado, y quién había oído alguna vez que un peso medio noqueara a un peso pesado, pero libra a libra, aseguró, yo era quien más corría del colegio, la mejor corredora de toda Nueva Jersey, y si quería entrenarme para las Olimpiadas cuando tuviera edad suficiente para estar en el equipo estadounidense, él sería mi entrenador y se ocuparía de que fuese tan buena y veloz que mereciese conseguir la medalla de oro y un récord mundial. Aquello fue probablemente lo más bonito que jamás me han dicho en la vida, pero yo sabía cuándo me habían dado una paliza y comprendí que mi derrota de aquel día en el patio era un presagio de otros fracasos en los meses venideros. En vez de quedarme quieta rumiando el declive de mis facultades, me retiré discretamente de aquellas carreras de chica contra chico y busqué nuevas actividades para satisfacer el ansia de movimiento que mi nervioso e inquieto cuerpo parecía reclamar en amplias y regulares dosis, así que hice un cambio de marchas en mi interior y empecé a asistir a todos los guateques de fin de semana, donde bailaba como una salvaje lunática hasta perder el sentido, hasta que era la única persona de pie en la pista, o si no, me lanzaba a lagos, piscinas y mares y nadaba en lo que ahora recuerdo con nostalgia como una *soledad apasionada* sin pensar en nada en concreto salvo en la próxima brazada y en la siguiente mientras se me vaciaba la mente y me sumía en un trance que me aislaba de mí misma y me fundía con el agua. Ingrávida y sola, deslizándome con mi traje de baño de una pieza y mi pecho liso que empezaba a abultarse con los primeros signos de los cambios que habían de venir: ni aquí ni allí, ni en ninguna otra parte en el extraño mundo que se movía en torno a mí. ■



Fuente > benjamin hershey / unsplash.com

La poesía siempre lúdica de Alberto Ruy Sánchez –Premio Bellas Artes de Narrativa Colima 2022 por su novela El expediente Anna Ajmátova– que jugó hace unos años con las jacarandas, juega ahora en estos poemas con la figura del gato, ese enigmático e hipnótico animal que ha sido tema de grandes escritores y poetas latinoamericanos como Borges, Neruda, Cortázar y Gonzalo Rojas. Ruy Sánchez revisa su origen, sus madrugadas, sus días, sus noches, para llegar a la conclusión de que: “nunca un gato es sólo un gato”.

CADA GATO ES OTRO GATO

ALBERTO RUY SÁNCHEZ

@AlbertoRuy

UN GATO ES RUGIDO Y VIENTO

No fue sencillo, sin duda,
haber sido el primer gato.
Hijo de un león imperioso
y de una ventisca helada.

De esa madre misteriosa
hereda las curvaturas,
la sigilosa presencia,
la fugacidad desnuda,
las nubes en su cabeza,
arranques de torbellino
y abrazos sin gran premura.

Del padre la sed de caza,
el instinto de realeza,
las espinas de la lengua,
la fragilidad negada,
la necesidad de siesta.

Hay en la palabra gato
un aire de desconcierto
y un imperio ensimismado.

EL GATO, DIOS SIN PUDOR

Thor es pelirrojo fuego,
y al salir el sol
lee el periódico conmigo.
Es un temible lector.
Le gusta sentarse
en las noticias más calientes.
Su ánimo entonces es de ardor.
Y si alguna noticia, nunca sé por qué,
le entusiasma o le molesta,
la hace pedazos.
Rima entonces con destructor.
Cuando ronronea es un dulce tremor,
y si de pronto maúlla asustado
y busca dónde esconderse,
corramos, anuncia temblor.
Metido en la maceta se siente flor
pero está al acecho de algún ser volador.
Es, claro está, terrible

e instintivo cazador.
Aunque nada nunca es lo que parece
ni se ajusta tanto a su rima,
un corazón de tambor
le da todo al gato Thor:
humor, candor, frescor,
olor, rigor, y pasos de vapor.
Algunas veces le da incluso
algún roedor.
Pero no le da derecho
a lo peor que aquí se muestra,
que es ejercer, ya sin rubor,
y gozar sin ningún pudor,
de tanta cacofonía.

SÚBITO

El gato en la noche
de pronto enloquece.
Más rápido que la luz
se estrella contra las paredes,
remueve los tapetes,
agita las persianas.
Tan escandaloso
como invisible,
en vez de pasos o saltos
desgarra el aire zumbando.
Entra y sale de los cuartos
casi sin abrir las puertas.

Y luego, nada, silencio.
Como ojo de torbellino,
ni se huele ni se siente.
Seguro cruzó esta noche
un par de umbrales inciertos.

Cuando su impulso penetra
eso que ya no sabemos,
nunca se detiene,
desaparece.

EL GATO DE LA VENTANA

El gato en la madrugada,
tras la ventana indecisa,

a los que pasan vigila
a los que sueñan remeda.
Es un dragón en la entrada,
una flor en la fachada,
una luz que parpadea,
una nube detenida.

Sin vencer nunca a la noche
poco a poco triunfa el día.
La ventana se ilumina
y el gato desaparece.
No se destierran los sueños,
tan sólo se clarifican.
El gato, que es tantas cosas,
también es luz matutina.

Tantos cuerpos tiene un gato
que en su piel se precipitan.
Algunos son como sueños.
Otros, más bien pesadillas.

UN GATO ES UN JARDÍN

Si como dijo Gertrudis
una rosa es una rosa,
es una rosa, nada más,
un gato es totalmente otra cosa.
En la palabra gato hay
tremendo gato encerrado:
nunca un gato es sólo un gato.
Es cierto que sin remedio
la palabra huele a gato,
sabe, tal vez, a gato,
parece sin duda gato
y a veces hasta maúlla
un florilegio felino.

Pero en su sombra certera,
y en la línea oscura
de sus letras más claras,
anida y se reproduce
el acoso al ratón posible,
el salto a lo inesperado. ▣

OJOS DE PERRA AZUL

POR KARLA ZÁRATE

@espia_rusa

HIDEAWAY



Cortesía de la autora

ME GUSTA ESCONDERME, es mi juego favorito. Me divierte refugiarme en las esquinas, bajo los muebles, tras las cortinas, rincones y lugares recónditos. Me place ocultar el cuerpo, encoger

las piernas, doblar los brazos, hacerme un ovillo, volverse invisible, camuflarme. Aunque sin recompensa, espero ser la ganadora por mi habilidad de resistir durante más tiempo sin ser encontrada. Una vez en la infancia lo hice tan bien que permanecí por horas en la parte de debajo de un clóset. Esperaba ser sorprendida, no sé cuánto tiempo transcurrió, se me hizo eterno, nunca supe si la actividad seguía o si había terminado. Al inicio estaba entusiasmada por el buen escondrijo donde estaba, después sentí miedo, desesperación, angustia, mis gritos parecían rebotar en las puertas de madera que no podía abrir desde dentro. A lo lejos oía las voces de los otros, los pasos que no se dirigían a mí, hasta que hubo un silencio. Nadie se dio cuenta de mi ausencia, nunca me hallaron, pero tampoco me buscaron. Los demás niños se habían olvidado de mí. Alcancé a mover las manos y los dedos, la textura de la tela de un vestido me ofreció abrigo, yo temblaba. Para hacerme compañía, en voz alta empecé a contarme lo que estaba sucediendo. Así es como yo, la olvidada, descubrí la soledad del arte de contar historias.

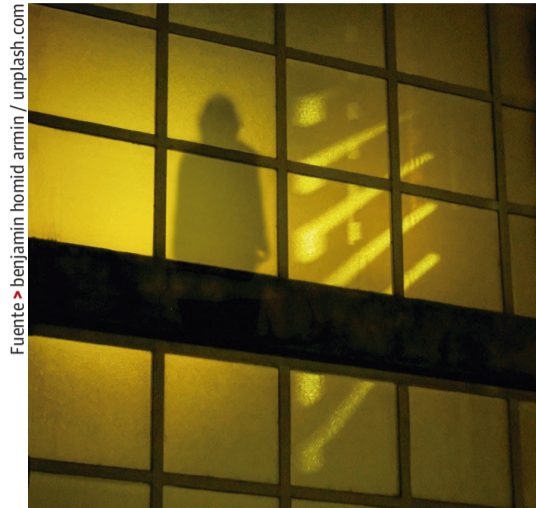
Narrar transforma la realidad a mi favor, me entretiene, confundo a los perseguidores, atraigo amores y triunfo en el juego de la vida. Tiene un sentido terapéutico, calma la ansiedad y alivia la depresión, también empodera a la escritora que vuela en la fantasía, aunque viva en el encierro.

La última idea no tiene punto final, mis invenciones continúan, no me detengo en los renglones de las páginas ni me diluyo entre los párrafos. Ocurre lo contrario, deslizo mi existencia, resbalo y caigo en los bordes de las hojas, el viento del otoño dispersa el caos de la realidad. Lo difícil no es escribir con buena redacción y ortografía, se complica cuando hay muchas cosas por decir, aquellas que guardo en intervalos de angustia y desgarramiento de la piel para poderlas expresar. Después de que extraigo las palabras de la memoria remota, de las ilusiones más antiguas o de no sé dónde, termino dando vueltas en los muchos laberintos de la mente atormentada. Recorro los pasillos de paredes firmes y enraizadas, al llegar al centro no me espera el salvaje minotauro que soy yo misma sino una madeja de vivencias por desenredar. Extraviada, regreso al principio, vuelvo a empezar, eterno retorno.

Me viene una emoción narrativa, una exaltación verbal, sin orden. Entonces hablo de lo que se me pasa, no me detengo, de la esperanza del amanecer de cada día y de cuando anochezco por dentro cuando no quiero saber nada del mundo. Platico de mis relaciones contrariadas, imposibles, de la serpiente enroscada que soy, de la voracidad que me devora.

Le he tomado gusto a ocultarme donde quiera y como pueda. Sea lo que sea que les cuente desde mi guarida, vivo a escondidas y escribo para que alguien como tú, querido lector, por fin me busque y me encuentre.

*Hasta que la suerte nos separe. ☑



Fuente > benjamin homid armin / unplash.com

FANTASMAS

TODOS LOS NIÑOS juegan alguna vez a los fantasmas. Recuerdo haberme escondido centenares de veces detrás de las cortinas del salón de mis abuelos y haber hecho temblar el tejido profiriendo gritos inquietantes, uuuuuuuuu. En todas las películas y dibujos animados de nuestra infancia se representan igual, como siluetas cubiertas por una vaporosa sábana blanca. Pero, por lo general, el origen de esta imagen y su simbología en la cultura popular se desconocen. La vestimenta blanca del fantasma es en realidad una reminiscencia de un rito judío ancestral: el amortajamiento del muerto.

Los fantasmas de nuestra infancia existen a imagen de ese clero funerario que se aparece en nuestra memoria colectiva. Reproducen el ritual mortuorio... con una excepción.

Un último detalle pone punto final a la preparación de los muertos en la tradición judía: la mortaja debe conservarse por los extremos, para que quede cerrada, justo antes de que el cuerpo esté listo para la inhumación. La prenda de los muertos se cierra con una costura que sella su partida. Este último punto de los preparativos funerarios tiene repercusiones inesperadas en el día a día de ciertas familias judías, entre las cuales se cuenta la mía. Cuando yo era pequeña y se me caía un botón o me hacía un siete en la ropa, a veces había que coser a toda prisa el desgarrón o cerrar con un punto el tejido roto. Mi madre me daba entonces una orden sorprendente y aparentemente lúdica: el rato que durase el arreglo yo tenía que masticar con muchas ganas, hacer como si masticara con unos movimientos de mandíbula exagerados. Tardé años en comprender qué superstición intervenía en aquel mandato *a priori* anodino en verdad dramático que reflejaba la prohibición de componer un tejido puesto sobre una persona viva, por tratarse del mismo gesto que se efectúa sobre los muertos.

Por tanto, había que conjurar la mala suerte, o, más concretamente, lanzar un mensaje muy claro al ángel de la muerte, por si acaso merodeaba allí.

Y esto es lo que representa el fantasma en cantidad de películas o en la cultura popular; esa forma blanca y movediza es un muerto en su mortaja flotante. Es un difunto vestido con una prenda funeraria mal cosida o sin coser. Como le falta el retoque, el fantasma no puede abandonar este mundo. ☑

Delphine Horvilleur, *Vivir con nuestros muertos*, traducción de Regina López Muñoz, Libros del Asteroide, 2022.

BODA

KATHERINE MANSFIELD, vestida de negro, se casa en la Oficina de Registros de Paddington, en Londres, con George Bowden, profesor de canto once años mayor que ella y al que conoce desde apenas tres meses. La misma noche de bodas lo abandona. ☑

Agenda literaria, Alba Editorial, 2020.

AXILA

EN LA INGLATERRA isabelina, antes que las costumbres adquiriesen el sello de puritanismo y flemática reserva que les fue impreso posteriormente, los británicos eran gente osada y turbulenta: entre ellos se estilaban las "manzanas del amor". Las mujeres colocaban una manzana pelada bajo su axila, para que se impregnase de olor corporal, y así preparada la obsequiaban al amante; entonces podía éste evocar la presencia de la amada, mediante inhalaciones. Que enseguida se la comiera me parece lo más lógico: la antropofagia se vislumbra en el oscuro trasfondo del erotismo. ☑

Francisco González Crussí, "De los efluvios del cuerpo", *Más allá del cuerpo. Ensayos en torno a la corporalidad*, Grano de Sal, 2021.



Fuente > Karolina Grabowska / pexels.com



Fuente > IndigoBunting / pixabay.com

IMÁN

QUERIDO BILL [MAXWELL]:

Tanya [Litvinov] le envió muy orgullosa un nuevo artilugio a Susie. Está hecho de plástico rosa y tiene más o menos el tamaño y la forma de un miembro viril. Se pega a la pared del baño con un maloliente pegamento ruso. Debajo de la punta tiene un imán. Hay un segundo imán con unas pinzas que se clavan en la pastilla de jabón. Luego se ponen los dos imanes juntos y el jabón queda suspendido en el aire y no se pone pegajoso. “Es -escribió- muy fálico, ¿pero no lo es todo excepto las alfombrillas y el empapelado?”.

Abrazos,
John

John Cheever, *Cartas*, Debolsillo, 2019.

DRÁCULA

EL MEJOR DRÁCULA de las pantallas cinematográficas, el actor Bela Lugosi tenía por costumbre conceder entrevistas, por exigencia de la oficina de prensa de su productora, hablando desde dentro de un ataúd y vistiendo una capa roja y negra. A medida que Lugosi se fue aficionando a los estupefacientes para dar mayor viveza a sus interpretaciones, fue interiorizando más y más su personaje cinematográfico hasta que, ya esquizofrénico, llegó a creerse realmente el Conde Drácula. A partir de entonces, a consecuencia de esta identificación con su personaje, exigió que los rodajes se efectuaran de noche, pues él, como su personaje, odiaba la luz. Fuera del trabajo, Lugosi vivía encerrado en su casa. Finalmente murió en 1956, totalmente enloquecido por la esquizofrenia, el alcohol y las drogas, y plenamente convencido de ser el verdadero Conde Drácula.

Gregorio Doval, *Enciclopedia de las curiosidades. El libro de los hechos insólitos*, Selecciones del Prado, 1999.

AGUA

EL ESCRITOR ITALO Calvino dijo: “Los futuros no realizados son sólo ramas del pasado: ramas secas”. Un sol a plomo, calentando la plancha de asfalto en donde vivimos, nos recuerda que el calentamiento global es un hecho incontrovertible. Treinta grados Celsius en febrero, y cada vez más tuberías de la Ciudad de México llevan solamente aire caliente.

“Miles de personas han sobrevivido sin amor, ninguna sin agua”, dijo bien el poeta británico W. H. Auden. La Ciudad de México se acerca peligrosamente al punto de no retorno. La ONU calcula que el ‘día cero’ será en el 2028, lo que significa que se termina el suministro libre de agua y ésta comienza a ser racionada.

En muchas otras latitudes el problema es similar. Aquí la paradoja, es que hace apenas 500 años, un suspiro en términos de eras geológicas, si algo dominaba por entero el paisaje era eso: agua, agua por todas partes.

Se quedan muy cortos quienes dicen: “aquí antes había un lago”. El sistema hídrico de la cuenca del Valle de México estaba conformado por 5 lagos y 48 ríos. Durante siglos el problema fue deshacerse del agua. Ahora, se ha logrado el principal cometido: desecar el Valle.

Una frase críptica del poeta alemán Novalis cae frente a nosotros, mientras llenamos cubetas antes de meternos a bañar y vemos miles y miles de litros perderse por las cloacas cuando llueve: “el agua es un caos sensible”. Extraña ciudad ésta que habitamos que resolvió con sequía las inundaciones.



Fuente > Silvan Schuppiesser / unplash.com

SOBERBIA

EL SUYO era un corazón tan débil que tuvo que ponerse una férrea coraza de egoísmo y vanidad; rodearse de millones y de éxito. En las noches, a solas con su sombra, lloraba como un hombre de hojalata.

Ana Clavel, *CorazoNadas*, Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / UAEM, 2023.

LA CANCIÓN #6

POR ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

ONE LOVE / MARLEY



Instagram

EL REY DEL REGGAE es tendencia por la película *Bob Marley: One Love*, del director Reynaldo Marcus Green, con la producción del clan Marley / Tuff Gong, el sello que cuida y distribuye la marca del artista jamaicano. La cinta cumple para el público que lo desconoce, pero se queda corta respecto al personaje

que unificó al pueblo de Jamaica con la música.

Tiene el sostén documental y musical de la familia Marley, pero el director evita la sordidez que caracteriza a los guetos de Kingston. Opta por un Bob Marley descafeinado en el exilio, más cercano al símbolo sexual que fuma churros hipsters que a un músico revolucionario en conflicto, y hace un tratamiento visual maquillado con tantos filtros que hasta la pobreza se ve cálida. Se entiende que hayan limado las aristas del personaje. La cinta arranca con el atentado en su casa. Y ahí empieza su mayor problema: la edición de Pamela Martin cuenta la vida del músico en un ir y venir de *flashbacks* que remiten a su infancia y su juventud, postales que brincan del presente al pasado y de regreso sin contexto ni referencia. Pretende abarcar todo, pero no aclara nada: ni el conflicto político en Jamaica, ni los orígenes cañeros y rastas de Marley, lo que le permitía codearse con todos los bandos. Su iniciación rastafari es una escena pacheca del *Rey León*. Tampoco queda claro el origen musical del reggae, pero sí aborda la explotación que obligaba a los músicos a dejar la isla.

La película de Marcus se basó en el documental *Marley*, del director Kevin McDonald, también producido por Tuff Gong y el clan Marley en 2012. Es el material más completo sobre el Rey del Reggae, realizado para una audiencia que ya conoce su música y profundiza en los orígenes y motivos sociales, religiosos, políticos, musicales y personales de Marley, con entrevistas a las esposas, novias e hijos, así como a personalidades del calibre de Bunny Livingston, Peter Tosh, Jimmy Cliff, Chris Blackwell y Lee Scratch Perry, quienes explican la evolución del calypso - ska - rocksteady - reggae - dub - ragga y confirman la condición de ser músico explotado y rasta perseguido en Jamaica.

La Onda Jamaicana surgió en los cincuenta, disc jockeys que recorrían los guetos animando bailes de cañeros y rastas a ritmo del *rock jamaicano*. La primera película sobre los músicos de Jamaica, *The Harder They Come*, es del director Perry Henzell, producida por Chris Blackwell -quien llevó el reggae a Inglaterra y Estados Unidos- y la protagoniza Jimmy Cliff en 1972. Es cruda y sórdida: Ivanhoe llega a Kingston en busca de trabajo y consigue uno como cantante de reggae. Graba “The Harder They Come”, se vuelve un éxito, pero tiene un pleito con el productor y lo pierde todo. Sobrevive como diler y termina matando a los policías que lo siguen. Los rastafaris seguidores de Marcus Mosiah Garvey y Haile Selassie han sido santos, inadaptados, revolucionarios, parias, delincuentes y atracción turística. Pero nunca han dejado de ser *la conciencia negra de Jamaica*.

A partir de las conversaciones que Alejandro Toledo mantuvo con Jorge Aguilar Mora, nos acerca a la narrativa del escritor, su estilo, la intención de sus historias, las perspectivas de la realidad mexicana y, principalmente, a tres de sus obras en que el tema de la muerte es recurrente: *Cadáver lleno de mundo*, *Si muero lejos de ti* y *Una muerte sencilla, justa, eterna*. Aguilar Mora, perteneciente a la generación del 68, de espíritu polémico, crítico de la obra de Octavio Paz, vivió sus últimos años en el autoexilio en Estados Unidos.

UN HABITANTE DE LOS MÁRGENES

JORGE AGUILAR MORA

ALEJANDRO TOLEDO

@ToledoBloom

Conversé en un par de ocasiones, grabadora de por medio, con Jorge Aguilar Mora (1946-2024). La primera en 1985, a propósito de sus novelas *Cadáver lleno de mundo* (1971) y *Si muero lejos de ti* (1979), ubicando esta última como una de las más destacadas en el largo ciclo de la "novela del 68". La segunda entrevista fue en 1990, cuando apareció *Una muerte sencilla, justa, eterna: cultura y guerra durante la Revolución mexicana*. Antes de la pandemia me topé con él (en Plaza Universidad) y planeamos un tercer encuentro, que nunca se dio. Sé que estaba metido en un proyecto extenso: narrar desde lo intelectual y cultural el siglo XIX, del que se han publicado un par de títulos (*Sueños de la razón*—2015, Premio Xavier Villaurrutia— y *Fantasma de la luz y el caos*—2018—, dedicados a 1799 y 1800, uno; 1801 y 1802, el otro), cuya realización final hubiera implicado la hechura (a lo Francisco Tario) de unos cincuenta libros. ¿Dejó uno o dos más concluidos? No lo sé.

Se le ha descrito en estos días como un autor polémico, y lo es más bien por causar la polémica, no por participar en ella. Su primer papel protagónico lo tuvo al publicar *La divina pareja: historia y mito en Octavio Paz* (1978), que generó malos ambientes a su alrededor, desde el lado del personaje al que se refería su estudio (en realidad se trató de un sano ejercicio crítico en torno de la obra ensayística de Paz) y también de la parte (lo que se conocía entonces como el grupo de Carlos Monsiváis) a la que él creía pertenecer... situación que fue determinante a la hora de decidir su exilio en Estados Unidos, donde vivió y murió. Quizá por esta experiencia algunos de sus deseos, en la segunda entrevista que tuve con él, fueron estos: "Ojalá que crezcan los grupos, que se acaben las mafias, que no sofoquen a la gente, que no hagan siervos de posibles buenos escritores, que no los castren".

La otra polémica se generó al publicar el relato *Un día en la vida del general Obregón* (1982), que abrió la serie fotográfica *Memoria y Olvido*, coedición de la SEP y Martín Casillas,

libro que incomodó a las autoridades y fue retirado (y al parecer destruido) junto con *Las primeras damas* de Sara Sefchovich, para reaparecer meses más tarde sin los sellos de la SEP.

Mas estos dos momentos no definen a Jorge Aguilar Mora, cuya obra a contracorriente de la sociedad literaria mexicana es amplia y profunda, pero acaso hay aún una suerte de "cerco de silencio" alrededor de ella, o una incomodidad que se ha quedado como inercia y de la que es indispensable rescatarlo. Lo importante sería tener al alcance la mayor parte de sus libros, pues pocos han logrado la reimpresión. Lo que él hizo con Nellie Campobello y Rafael F. Muñoz habría que hacerlo con Jorge Aguilar Mora.

Cadáver lleno de mundo fue una respuesta a la muerte de su hermano David, quien se había alistado en la guerrilla en Guatemala. Me contó en la primera conversación: "En esa época mis referencias literarias, aquello en lo que me podía apoyar o que sentía como contemporáneo de lo que estaba haciendo, eran las novelas de José Agustín y Gustavo Sainz; desde el punto de vista de lo que quería narrar, o que me había sucedido, lo que más se parecía eran sus novelas. Pero no compartía el gusto de ellos por el lenguaje hablado, tenía muchas reticencias por el lenguaje hablado, su



Jorge Aguilar Mora.

“LA BÚSQUEDA DE ESTILOS DIVERSOS ES UNA MANERA DE ESTABLECER PUENTES ENTRE LO ABSOLUTAMENTE ARTIFICIAL (EL TRABAJO NARRATIVO) Y LA VOZ DE LOS PERSONAJES”.

funcionalidad como elemento narrativo. En *Cadáver lleno de mundo* en ocasiones los personajes sí usan un lenguaje coloquial, pero la narración está cargada hacia el artificio”.

¿Se podría hablar de *Cadáver lleno de mundo* como una especie de antinovela de la Onda?, le pregunté.

Si es así no creo que haya sido intencional, pues partió de una problemática de la narración. La búsqueda de estilos diversos es una manera de establecer puentes entre lo absolutamente artificial (el trabajo narrativo) y la voz de los personajes. Intenté reproducir con exactitud el modo como hablaban amigos míos o gente que conocía; utilizo además lenguajes intermedios, como el monólogo de un taxista o la escritura periodística. Estos son puentes de los que me valgo para unir esas dos cosas que aparentemente se niegan, la expresión culta y el lenguaje coloquial. En este sentido podría ser una antinovela de la Onda.

Si el juego entre naturaleza y artificio es el que alimenta *Cadáver lleno de mundo*, en *Si muero lejos de ti* hay una gran sencillez.

Quise hacer un anti-*Cadáver*, ir en contra de lo que había hecho en mi primera novela. Se presentó otra vez el problema de la distinción entre el lenguaje narrativo y el lenguaje hablado o directo. En *Cadáver*... la ventaja que tenía como narrador era que estaba utilizando un lenguaje que se refería a otro lenguaje; mi libertad era absoluta, yo podía hacer lo que quisiera mientras siguiera una lógica estricta en el desarrollo de ese lenguaje. En *Si muero lejos de ti* quise tratar más directamente otro aspecto: la narración. Ya no desarrollar el lenguaje



hasta el absurdo, sino la anécdota, la historia que avanza hacia la truculencia. Tratar de saturar la historia hasta ciertas últimas consecuencias: desde el punto de vista narrativo, desde las motivaciones de los personajes (la mentira, la máscara, las dobles intenciones, las traiciones), y desde el punto de vista de los símbolos (hasta hacerlos huecos). Por lo tanto, en esta segunda novela el problema principal era la retórica, la objetividad del lenguaje, la capacidad de éste de significar las cosas que según nosotros podría significar.

De ahí el "nosotros" de la novela, que puede ser igual de artificial que el "yo" objetivo, pues siempre es uno el que escribe.

Sí, claro, la trampa siempre está al final, no te puedes desprender de ella. La idea era crear una especie de narración pre-hablada, pre-narrativa, una narración que tratara de imitar no el lenguaje hablado sino una manera de pensar, una manera de estar pensando en los objetos y en la secuencia de las frases. Yo quería un lenguaje deliberadamente torpe, atrabancado, que se viera incluso que no estaba trabajado, y con la secuencia gramatical o sintáctica a veces no muy definida. En *Cadáver lleno de mundo* las rupturas sintácticas no llegan al grado de que las frases se confundan, todas están rigurosamente planeadas, lógicamente estructuradas; en *Si muero lejos de ti* no ocurre de este modo: trataba de hacer una especie de lenguaje narrativo pre-hablado. Esa fue mi manera de enfocar esta nueva novela.

En *Si muero lejos de ti* resume Jorge Aguilar Mora su experiencia en el movimiento estudiantil de 1968 como miembro del Consejo Nacional de Huelga. No habla, como lo hizo Luis González de Alba, de lo público o visible, sino de lo que está oculto o al margen.

Sigo con la primera entrevista: "Recuerdo que, en 1968, cuando estábamos en lo que se llamó la manifestación del Rector, una amiga me dijo (yo estaba escribiendo *Cadáver...* y ella había leído algunos fragmentos): "Tú vas a hacer la novela del 68, tienes que hacer una novela sobre el 68, tienes que hacerla". Y quizás esa cosa se me quedó grabada".

Esos personajes anónimos que, para Aguilar Mora, dieron fuerza al movimiento estudiantil recibieron sus herencias de aquellos que participaron en la Revolución Mexicana, algo que está presente en *Una muerte sencilla, justa eterna*.

Me dijo en 1990: "Mi ira, mi indignación, mi coraje por lo que está pasando en México no sé canalizarlos políticamente porque no soy político; no puedo canalizarlos tampoco en un

discurso analítico del presente porque no estoy preparado, no me he preparado para analizar los acontecimientos tal y como se están dando. Puedo dar opiniones sobre la actualidad mexicana, pero nada más. Con mi libro intento hablar de ciertos fenómenos de la Revolución Mexicana que siento que pueden ser instrumentos para el presente, instrumentos para responder a la agresión, a la violencia del Estado".

¿Es un proyecto narrativo o lo que lo define es lo histórico?

Ambas cosas. Como autor, lo que quise hacer fue un libro que muestre una serie de vivencias, una serie de maneras narrativas, pero no sé si se le pueda aplicar un género. Hay en él, claro, planteamientos de tipo narrativo, juegos de perspectivas, estudios de la composición de lugar en cada escena, del modo como va a integrarse la secuencia de los personajes. Todo esto obviamente está planteado, pero el único personaje ficticio es el narrador, yo, Jorge Aguilar Mora (aunque, siguiendo el modelo de José Vasconcelos, muchas de las cosas referidas a mi persona sean inventadas). Esta personalización del narrador en un proyecto de historiografía, aparece como un reto. Los discursos del intelectual mexicano son tan reducidos, que acaso sin quererlo esto se ha convertido en una especie de vecindad; entonces da la impresión de que se escriben libros para que los lean los amigos. En este medio cultural, y en lo que ahora llamamos la sociedad civil, es impúdico ser autobiográfico al nivel de las debilidades. Creo que hay que romper con esa vergüenza, con ese pudor del discurso.

Hay una búsqueda de registros y temas inéditos.

No es que sean temas inéditos; tal vez ya han sido tocados, pero tangencialmente. Me interesa replantearme el significado de la historia cronológica, de la historia que se mueve a través de símbolos. Un tema que aborda *Una muerte sencilla* es el de la presencia de la Revolución Francesa en el movimiento armado mexicano, primero, claro, a nivel de tradición y después como modelo. No es que los revolucionarios mexicanos conocieran a fondo la Revolución de Francia, sino que la veían como un acontecimiento que había que repetir, y que repe-

tirlo era el único modo de crear una revolución.

¿Había la conciencia de estar participando en "otra" revolución?

Muchos querían imitarla, de ahí en parte la idea de llevar a cabo una convención constituyente; querían volver a actuar, como en una representación teatral, la Revolución Francesa. Un fenómeno muy interesante es este sentido teatral; la gente se decía: ¿cómo vamos a repetir una revolución si no es adoptando el mismo escenario? De esto parece muy consciente el doctor Atl, y por eso lleva a Lucio Blanco a que se diera la mano con los zapatistas. Esto para el doctor Atl, quien tenía muy presente la historia francesa, era simbólicamente importante.

En sus tres libros de intención narrativa (Cadáver lleno de mundo, Si muero lejos de ti y Una muerte sencilla, justa, eterna) es clara la persistencia del tema de la muerte. Incluso en el último libro se relatan las circunstancias personales, las muertes cercanas, que motivaron de algún modo la elaboración tanto de Cadáver... (la muerte de su hermano) como de Si muero lejos de ti (la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco). ¿Cómo definir esta presencia?

Creo que mi idea de la muerte ha cambiado. En la primera novela intento un juego abstracto frente a algo doloroso, inevitable, como fue la muerte de mi hermano David, seguramente asesinado por los militares en Guatemala. Digo que es algo doloroso porque pensar la muerte duele, tratar de entender la muerte también duele. Creo que ese sentido trágico ya no me pertenece. Uno de los fines de este nuevo libro es presentar el modo social de morir, relacionándolo con aquello que llamamos "lo mexicano". ¿Qué instrumentos tenemos de sobrevivencia?, o ¿qué instrumentos tuvieron los oprimidos para sobrevivir en la guerra si los habían despojado de todo? Lo único que en verdad les pertenecía era la vida biológica, por decirlo así. La temeridad ante la muerte es lo que demuestra el dominio que estos seres tenían de su propia vida, que era su única propiedad. El valor ante la muerte es su única posibilidad de enfrentarse al verdugo, enfrentarse ante quienes los habían oprimido, y decir: "Tú podrás quitarme todo, pero no tendrás control sobre mi vida. Eso lo decido yo". Por eso doy numerosos ejemplos de fusilados que vivieron con dignidad esos últimos momentos. Hasta el último segundo decidieron qué es lo que debían hacer con su vida.

Me dijo al fin Jorge Aguilar Mora: "Lo que en los años de escritura de *Cadáver lleno de mundo* entendía como un hecho terriblemente doloroso, ahora, y enfrentando el mismo tema de la muerte de mi hermano, se vuelve algo liberador. Hay una traducción, se trata de traducir el pasado al presente; pero esa traducción es además un camino de doble vía, porque el presente también ilumina al pasado. Son juegos de reflejos de los distintos tiempos posibles. Y esa enseñanza liberadora viene precisamente de los fusilados; finalmente, uno puede dominar su propia vida".

“EN LO QUE AHORA LLAMAMOS LA SOCIEDAD CIVIL, ES IMPÚDICO SER AUTOBIOGRÁFICO AL NIVEL DE LAS DEBILIDADES. CREO QUE HAY QUE ROMPER CON ESA VERGÜENZA”.

Lecciones es la nueva novela del escritor británico Ian McEwan, quien crea una íntima relación entre los acontecimientos de los dos últimos siglos y la vida privada de su protagonista, Roland Baines, mientras le sobrevienen recuerdos determinantes de su pasado: la depredación sexual de su profesora de piano y, como padre primerizo, el abandono del hogar conyugal de quien fuera su esposa. José Woldenberg nos invita a descubrir en este relato cómo se enlazan lo personal y lo público a través del recorrido vital desde la infancia del personaje hasta su tiempo presente.

LECCIONES DE IAN MCEWAN

LA HISTORIA PUEDE MODELAR LA BIOGRAFÍA

JOSÉ WOLDENBERG

DIFERENTES VALORACIONES Y DIFERENTES ÉPOCAS

Roland Baines nace en 1948, el mismo año que Ian McEwan, y para 2021-2022 seguía vivo. *Lecciones* (traducción de Eduardo Iriarte, Anagrama, 2023) recrea la vida de Baines y los escenarios que la modelaron. Cada suceso merece aproximaciones diversas y en no pocos casos encontrados, no sólo porque sus protagonistas tienen puntos de observación distintos, sino porque el tiempo los remodela y en ocasiones cambia su sentido. Pasado y presente son esculpidos por códigos valorativos diferentes y dan paso a distintas formas de ver y valorar los mismos hechos. Se trata de un gran fresco que recrea los dilemas de una vida, sus ramificaciones y abre un conjunto de preguntas éticas y vitales. Pero también recorre algunos de los episodios que modelaron la segunda mitad del siglo XX y las primeras dos décadas del XXI. No hay experiencias individuales sin contexto, y esos contextos jamás pueden explicarlo todo.

La iniciación sexual de Baines a temprana edad, con su maestra de piano, se convertirá al mismo tiempo en una fuente de placer y obsesión, en un paraíso y una cárcel, con el paso del tiempo en una pesadilla, y con las vueltas de los cuadros valorativos que modelan las conductas, en un delito que puede llevar ante la justicia a su antiguo y primer amor.

La desaparición de su esposa, que lo abandona con su pequeño hijo de meses, para dedicarse a escribir, es al mismo tiempo una falta mayúscula y el compromiso con una vocación, acto de supremo egoísmo y fórmula para huir de la rutina asfixiante, intento por no repetir la biografía frustrada de su madre y episodio que no puede más que dejar una gruesa marca en la biografía del hijo. La ambigüedad acompaña la existencia y las decisiones de los protagonistas.

Su madre —lo descubrirá muchos años después— había dado en adopción a un hermano nacido durante la Segunda Guerra Mundial. En aquel entonces no sólo sus padres no esta-



Ian McEwan

Fuente > wikipedia

ban casados, sino que su madre seguía siendo la esposa de un soldado que se encontraba en el frente y con el que había procreado dos hijos. Amor y engaño dan paso a historias artificiosas o por lo menos maquilladas, versiones que se superponen para edulcorar los acontecimientos, culpas que se arrastran a lo largo de los años. Situaciones que fomentan y merecen distintas lecturas.

Dado el arco temporal de la novela, varios personajes envejecen. Se trata de trayectorias que viven diferentes momentos de inflexión, cuesta abajo. Se vuelven dependientes de sus hijos. Reclaman de atención y sus asuntos empiezan a ser administrados y resueltos por otros. Afecciones diversas los atacan y la vida de ayer se vuelve otra, más apesadumbrada, más gris, menos independiente. La movilidad entra en declive, los achaques aumentan y la cordura se reblandece. Es, en

“SE TRATA DE UN GRAN FRESCO
QUE RECREA LOS DILEMAS DE
UNA VIDA, SUS RAMIFICACIONES
Y ABRE UN CONJUNTO DE
PREGUNTAS ÉTICAS Y VITALES”.

el mejor de los casos, el futuro de todos. “Silencio, soledad, ausencia de propósito, crepúsculo perpetuo”. El deterioro es la marca y modifica las relaciones con el entorno y el resto de las personas. “La demencia vascular... frente a un cuerpo que no quiere darse por vencido.” Y al final, lo inescapable: la muerte.

Cada personaje tiene su versión de los hechos. Cada uno puede justificarlos a su manera. No hay, no puede haber, una sola aproximación a lo sucedido. La situación y motivación de cada uno resultan intransferibles y es imposible una conclusión compartida.

LA HISTORIA Y SUS MARCAS

Pero, además, esas microhistorias, esos dilemas individuales, esos conflictos inescapables, se producen en lo que algunos llaman el teatro de la historia. Acontecimientos que a querer o no impactan las vidas singulares, las condicionan, modelan, aunque no las determinan, porque siempre hay algún margen para la decisión propia, para el ejercicio de la libertad. Vidas privadas, insignificantes vistas desde fuera, dramáticas desde dentro, se encadenan con la vida pública que las influye.

La Segunda Guerra Mundial es el acontecimiento inescapable que marcó la vida de la generación anterior. La suprema devastación resultó decisiva para quienes les precedieron. Era un pasado demasiado reciente y poderoso para poder huir de él. Las narraciones de los adultos, sus silencios también, son una presencia rotunda y al mismo tiempo fantasmal. Baines pertenece a la generación de niños que nacieron después de esa catástrofe civilizatoria y que, por fortuna, y a diferencia de sus padres y abuelos, pudieron a lo largo del tiempo, vivir en paz (o en una paz relativa).

La madre de su esposa, jovencita, viaja a la Alemania nazi para realizar un reportaje sobre la Rosa Blanca, esa pequeña organización estudiantil, que denunció los crímenes del régimen y cuyos integrantes fueron decapitados. En alguno de los folletos de

“LECCIONES SE TRATA DE UNA EXPLORACIÓN SOBRE EL MISTERIO DE LA VIDA. LAS POSIBILIDADES QUE FLORECEN Y LAS MUCHAS OTRAS QUE SE CLAUSURAN, LAS DECISIONES MENORES Y MAYORES QUE TRASTOCAN EL RUMBO DE LOS ACONTECIMIENTOS”.

la Rosa Blanca se decía que el Tercer Reich era “una prisión espiritual... un sistema estatal mecanizado despóticamente dirigido por criminales y borrachos”. Historia de resistencia heroica que nunca llegó a publicar, pero quedó plasmada en sus diarios. Esa decisión será una fuente de amargura perpetua. Su luego esposo, alemán, resistente al nazismo, será la causa del abandono de su frágil vocación reporteril. Ambos, con el transcurrir de las décadas, conformarán un matrimonio rutinario, donde él lleva la voz cantante. Del esplendor, arrojo y valentía iniciales, a la inercia, el conformismo, la indolencia. Es imposible mantener por siempre la brillantez del momento luminoso.

La crisis de los misiles sacude la vida de Baines cuando éste es apenas un niño. El ambiente se plaga de especulaciones sobre una posible guerra nuclear. Todo lo había desatado el descubrimiento de que sólo a 150 kilómetros de Florida, los rusos habían instalado misiles en Cuba. El miedo se esparcía por ondas irregulares, a los niños se le prohibía ver la televisión. De estallar la conflagración todos serían “volatilizados”. Ambos bandos decían defender la paz, pero su enfrentamiento podía acarrear la más terrible guerra jamás vista. Los niños la experimentan como un ensueño, mitad realidad mitad ficción, la eventualidad de una nueva y mayor catástrofe nuclear.

Baines vive la Guerra Fría. Tiene la posibilidad de viajar por los dos Berlín: observa de cerca el totalitarismo en la República Democrática Alemana, el ahogamiento de las vidas individuales, la persecución de amigos, la censura perpetua, pero como militante del Partido Laborista inglés sus relatos y denuncias no tienen eco. Sus compañeros no quieren “hacerle

el juego” a la derecha, al imperialismo. Incluso, en un cuadro jocoso, observa azorado lo que otro inglés pontifica ante un pequeño auditorio de alemanes orientales: algo así como que ellos son el futuro de la humanidad. Época de alineamientos acrílicos e impermeables, de ojos cerrados ante las taras de los suyos y de hipercrítica a los enemigos.

Vive también la caída del Muro de Berlín. La fiesta. El entusiasmo desbordado. Miles de gentes en las calles. Alemanes de ambos lados cruzando libremente la línea que los mantenía separados. “Era inconcebible que las autoridades quedaran privadas tan de repente de su influencia sobre las vidas privadas.” Júbilo, celebración, gozo. Un arrebato contagioso que se expandía como un deleite sin fronteras, desatando expectativas sin fin: “El lúgubre acuerdo de la Segunda Guerra Mundial había tocado a su fin. Una Alemania pacífica quedaría unida. El Imperio ruso se disolvía sin que hubiera un baño de sangre. Debía emerger una nueva Europa...”. Más adelante vería las ilusiones convertidas en pesadas y nuevas realidades.

La nube de radiación de Chernóbil no sólo ocupa las primeras páginas de los periódicos, no sólo invade las conversaciones, sino que altera la normalidad de la vida. Se instala una sorda psicosis, la cascada de noticias de diversos países, genera apreciaciones contradictorias y las personas responden, cada una, a su muy real saber y entender. “Había un solo tema. El país estaba unido, hermanado por la ansiedad”. Por un momento.

El ascenso del “nuevo laborismo” con Tony Blair o el Día D, la guerra de las Malvinas o el escándalo de Enron, la amenaza de muerte contra Rushdie o el atentado terrorista con-

tra las Torres Gemelas, el Brexit o la expansión de la OTAN hacia el este, la época de Thatcher o la de la pandemia, son episodios que con mayor o menor énfasis y extensión aparecen como referencias de esas vidas que no transcurren en el vacío. La imbricación de lo personal y lo colectivo, de la biografía y la historia, del escenario y las personas, es quizá uno de los elementos centrales de la prosa de McEwan, que le otorga a su novela una densidad especial: compleja, cambiante, viscosa.

EL MISTERIO DE LA VIDA

Lecciones se trata de una exploración sobre el misterio de la vida. Las posibilidades que florecen y las muchas otras que se clausuran, las decisiones menores y mayores que trastocan el rumbo de los acontecimientos, las omisiones que dejan profundas marcas, “el comportamiento cruel que puede hacer posible un poema genial”, el daño que unos les hacen a los otros (en ocasiones incluso sin querer), las preocupaciones nimias que opacan a los monumentales acontecimientos o los grandes sucesos que modelan las biografías. La vida que ocurre y se impone contra deseos y esperanzas. “Del mismo modo que el calor fluía hacia el frío y no a la inversa, el orden fluía hacia el caos y nunca al revés”. O podía acudir a un remedio más bien retórico y sedante: “Las cosas nunca irán tan bien como esperábamos ni tan mal como temíamos”.

Hay también otra lectura posible: la del tiempo que todo lo degrada. Las ilusiones de un momento que al cumplirse dejan una estela de frustración y amargura, los triunfos convertidos en derrotas, el amor en odio o por lo menos en resentimiento. Nada es para siempre y el transcurso del tiempo acabará por hacer de las epopeyas, recuerdos mínimos y en ocasiones hasta ridículos. Una poderosa nube de desencanto parece cubrirlo todo. Al final, la resignación puede ser superior al malestar. Las vidas, luego de sus cimas y sus abismos, tienen una misma desembocadura: la muerte y el olvido.

LECCIÓN

Hay además (creo), una lección de lo que es una novela.

Baines está indignado porque cree que ha sido maltratado en la más reciente novela de Alissa, la mujer que lo abandonó. Lo hace aparecer como un golpeador. La visita luego de varias décadas y desea pedirle que por lo menos cambie la dirección de la casa donde sucede la historia. Ella le responde: “¿De verdad tengo que enseñarte cómo leer un libro? Tomo prestado. Invento. Saqueo mi propia vida. Cojo de todas partes, lo cambio, lo adapto a lo que necesito. ¿No te habías dado cuenta? El marido abandonado mide dos metros y lleva una coleta... Y es rubio...”.

La ficción es ficción. Lo que no quiere decir que no sea una nueva verdad que afecta eso que llamamos realidad, a la que siempre vuelve más elocuente. ■

Fuente > magazinedigital.com.ar



Restos del Muro de Berlín, derribado el 9 de noviembre de 1989.

EL CORRIDO DEL
ETERNO RETORNO

POR **CARLOS VELÁZQUEZ**

@Charlyfornicio

UNA NOCHE
CON YO LA TENGO
EN EL LONGHORN
BALLROOM

En Dallas siempre me pongo hasta el merequetengue. A veces por entusiasta. A veces porque se me sale de las manos. Y otras veces por accidente. Esto último se parece mucho al autosaboteo.

Aterricé en la capital texana con la misión de pergeñar unas cuantas decenas de páginas. Apenas toqué tierra lo primero que hice, antes de tomarme una Shiner Bock de barril, fue checar la agenda de conciertos para auscultar con qué podría aderezarme los oídos. A la vista refulgían dos shows donde encajar la bandera. Señores, compermissa, tengo una cita con mi vicio favorito: la música.

Pero qué veían mis ojos, oh Lord. Kenny Wayne Shepherd en el Majestic Theatre. Qué golpe de suerte. Además, no conocía el venue. Pederero como suelo ser, moví los hilos y corrí la voz. Embarré en el plan a dos compas: Luis Prado (tal vez lo conozcan por otras de mis crónicas sobre mis aventuras en Dallas) y Javi. Toda estaba planchado para que esa noche acabara con el corazón henchido de blues. Pero entonces la puerca torció el rabo.

ARRANQUÉ EL PRE alrededor de las cuatro de la tarde. En el barrio de Oak Cliff, donde creció nada menos que T Bone Walker. Una Yuengling y un caballito de Tequileño me dieron la bendición. En la mesa había almendras rostizadas sin sal, nueces de la india, bolitas de chocolate amargo y una bolsa de gomitas en las que no había reparado. Picoteé un poco de botana. Y cosa rara en mí, me apeteció algo dulce. A veces en la cruda me pasa, que mi cuerpo me pide azúcar para remontar el vuelo. Abrí la bolsa de las gomas y me comí una. Me cayó con madre. Seguí concentrado en la actividad de beber y de berrear a todo volumen "Born with a Broken Heart". Pasados veinte minutos me comí otras dos gomas nomás por convivir.

Transcurrida una hora comencé a sentirme raro. Pero apenas había arrancado. Como a todo alcohólico, a veces el trago me entra chueco y me empedo en chinga. Pero tampoco tan rápido. Dos tequilas y tres cheves no derrocan estos cien kilos de marrano. Sentía la boca seca seca. Juraría que estoy pacheco, me dije. Pero nel, no puede ser, pensé. Pasé una hora estudiando mi estado. ¿Habría estado echado a perder el kombucha ginger lemon que me empiné? Tomé agua según yo para contrarrestar la peda incipiente. Se me ocurrió mirarme en el espejo. Tenía los ojos rojos. Rojísimos. En ese momento me percaté de la media sonrisa que se había cristalizado en mi jeta.

Fui hasta la mesa y curioseé la bolsita. Elevated Endibles, decía. Y contenía: 14 mg de Delta 9.8 mg de CBD, .15 mg de CGB y .32 MG de CBC. Era oficial. Andaba bien pastel. Quise mandarle un mensaje por whatsapp a mis amigos pero me costaba enfocar la pantalla del teléfono. No mames, no mames, me dije, el concierto, me dije. No caigas en el pánico, me recomendé. Eres un toxicómano. Tú puedes manejar la situación. Sí, pero qué hago, me pregunté alarmado. Kenny, el Majestic, Luis, Javi.

No se me ocurrió mejor solución que acostarme un rato a ver si se me pasaba. Cuando me tiré sobre la cama sentí que mi cuerpo se hundía como si pesara lo mismo que la enorme piedra con la que debraya el personaje de *De perfil*. Desperté trece horas después.

“A LA VISTA
REFULGÍAN DOS
SHOWS DONDE
ENCAJAR LA
BANDERA. SEÑORES,
COMPERMISA, TENGO
UNA CITA CON MI
VICIO FAVORITO:
LA MÚSICA”.

VIA YO LA TENGO EN VIVO en la Ciudad de México en 2007. Pero no me acuerdo de nada. Seguro andaba bien pasado. Es más, sigo dudando que estuve ahí. A pesar de amigos que juran que se la pasaron a mi lado todo el show. Siempre me refiero a eso en tono de burla y digo que a quien vi fue a Yo la tenía.

Pero Dallas me ofreció la oportunidad de redimirme. Días después de mi *blackout* patrocinado por el Delta 9, Yo la Tengo se presentaría en la ciudad, nada menos que en un venue mítico: el Longhorn Ballroom, célebre porque ahí habían tocado los Sex Pistols en la gira que hicieron por el Gabán en 1978. Para un punkie como yo esas eran



Fuente > Cortesía del autor

palabras sagradas. Mantente alejado de las gomitas, canijo, me recomendé decidido a que sin importar lo que saliera al paso, a ese toquín no fallaba.

El jueves por la noche tomé el street car hasta el downtown y de ahí proseguí a pie a mi encuentro con la historia. Una calle antes de llegar vi a la distancia la enorme marquesina en forma de granero con el nombre del lugar. Y debajo la gigantesca efigie del toro de cuernos largos. Rehabilitada hace poco, duró muchos años inactiva, la sala de conciertos tiene un aura de museo musical. La entrada está tapizada por fotos enmarcadas de bluseros y cantantes de country que pasaron por su escenario. Además de una vitrina con instrumentos y carteles.

En el otro extremo hay un par de fotos de gran tamaño de Sid Vicious de cuando tocaron los Pistols ahí mismo. A Sid le sangra la nariz. Cortesía de los puñetazos que recibió de un par de punketas texanas. A espaldas de las fotos hay una especie de galería. Con más imágenes de figuras y con una vitrina dedicada por completo a la visita de los Pistols. Con notas de prensa, instrumentos y viniles de la banda. También hay otra dedicada a Stevie Ray Vaughan, el santo patrono de estos lares.

Qué mejor lugar para ver a Yo la Tengo. Pasadas las ocho de la noche el trío salió al escenario. Arrancaron con "Sinatra Drive Breakdown", cuyo título me hizo evocar la crónica "Frank Sinatra está resfriado" de Gay Talese. Una demostración de músculo noise. Advertencia de lo que estaban por servir. A cinco metros del escenario veía a la guitarra estrujarse, los oídos me ardían como si llevara más de tres minutos sumergido en el agua. Después nos llevaron de paseo por varios tracks de "This stupid world", su último disco, en el que se dan la licencia poética de desmarcarse de su estilo. El disco menos Yo la Tengo de su discografía.

Después de nueve canciones se tomaron un descanso. Y volvieron a la carga para desatar el feedback y la distorsión que son el sello de la casa. A diferencia de otras bandas de noise, que las observas sobre el escenario concentradas en el acto mismo de hacer noise, la actitud de Yo la Tengo es bastante despreocupada. Como si estuvieran operando una sala de controles. O realizando alguna maniobra con un montacargas. Lo que contrasta con el sonido poderoso que se desprende del acto mismo. Diez canciones después, hicieron una segunda pausa.

El público pensó que el show había finalizado, pero el trío reapareció una tercera vez para ofrecer un encore furioso. A pesar de las casi tres horas de duración, daba la sensación de que el show había sido muy corto. Si hubieran tocado otra hora nadie habría protestado. Yo la Tengo tiene repertorio para eso y más.

Mientras la sala se vaciaba fui hasta la foto de Sid y me persigné en señal de despedida.

Salí aturdido. Con tinitus. Lo poco que me quedaba de tímpanos lo dejé ahí. 📺